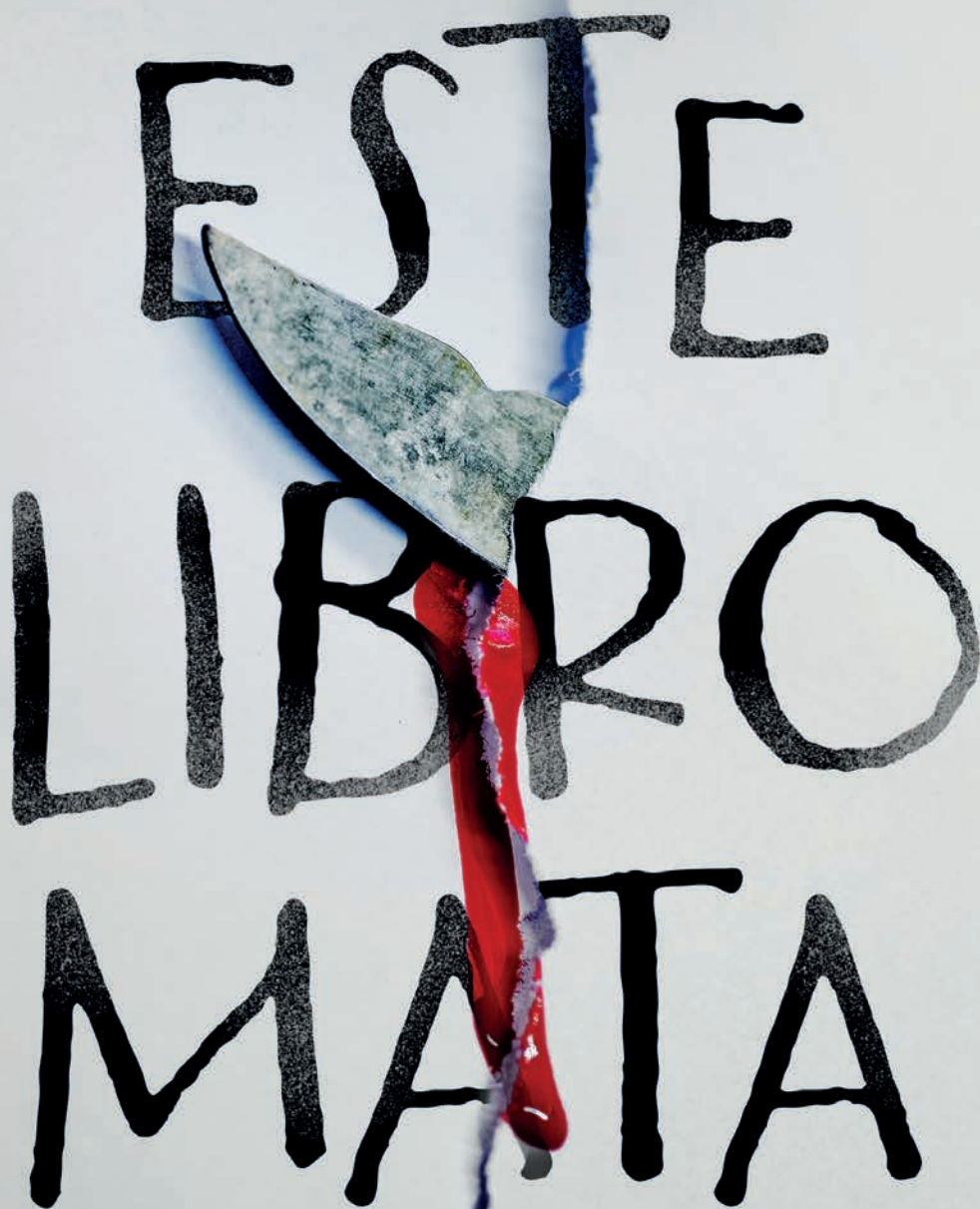


Ella escribió el crimen perfecto  
y uno de sus compañeros de clase lo llevó a la práctica.  
¿Será ella la siguiente en morir?

# ESTE LIBRO MATA



RAVENA GURON

**Besties**  
**Books**

Ravena Guron

# Este libro mata

Traducción de Víctor Ruiz Aldana



Título original: *This Book Kills*

© Ravena Guron, 2023

© por la traducción, Víctor Ruiz Aldana, 2025

© Editorial Planeta, S. A., 2025

Ediciones Martínez Roca, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.editorialplaneta.es](http://www.editorialplaneta.es)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

© del mapa, Lucy Morris / Imageremedy.com © Usborne Publishing, 2023

Primera edición: abril de 2025

ISBN: 978-84-270-5374-8

Depósito legal: B. 3.977-2025

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Liberdúplex

*Printed in Spain* - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.



Quiero que quede claro desde el principio: yo no maté a Hugh Henry Van Boren. Ni siquiera contribuí a su muerte, o al menos no conscientemente, vaya.

Mi madre cree que tengo algún trauma latente o algo por el estilo. No es psicóloga ni nada parecido; simplemente, se traga un montón de documentales y está convencida de que eso la convierte en experta en todo. Por lo visto, narrar lo que ocurrió me ayudará a «procesarlo». A mí eso me parece una gilipollez, pero cuando lo verbalicé con la mayor educación posible, mi madre puso esa mirada fría tan suya que dice: «Jess Choudhary, o me haces caso o te doy con la zapatilla».

Mi madre no ha llegado a pegarme nunca. Se limita a amenazarme con La Zapatilla.

Total, que me dispongo a vomitar la verdad en esta libreta, aunque preferiría olvidarme de todo lo que pasó.

Empecemos con mi historia de miseria y sufrimiento.

Una semana antes de que mataran a Hugh, fui testigo de las primeras señales de que algo no iba bien.

Estaba sentada sola en un extremo de una de las largas mesas de madera pulida del comedor. Mi mejor y única amiga, Clementine-Tangerine Briggs, había decidido saltarse la cena para dedicarle más tiempo a su nueva aventura: un pódcast en el que detallaba la precaria situación de la rana gigante del Titicaca. La apodaron la «rana escroto», y se ve que estuvo a punto de extinguirse (Clem defendía con uñas y dientes que las criaturas feas también merecían que las salvaran). Y sí, Clementine-Tangerine es su nombre real; sus padres decían que la fruta era el producto estrella de su cadena de supermercados ecológicos, y los productos estrella les proporcionaban dinero, y a los padres de Clem les encanta el dinero.

Tenía un libro apoyado en la jarra de cristal de zumo de naranja, frente a mí. No lo estaba leyendo, pero me lo había traído para que la gente creyera que había decidido sentarme sola con mis pensamientos, para que me consideraran una persona misteriosa, demasiado guay para tener amigos. Seguro que engañé a todo el mundo.

Había un gran espacio vacío a mi alrededor en la mesa, como si repeliera a la gente. En el otro extremo del banco, mi compañera de habitación cotilleaba a viva voz con sus colegas. Sus risas estridentes me zumbaban en los oídos, pero aun así deseaba poder deslizarme hasta allí y unirme a ellos.

Era imposible, claro. Yo no encajaba en el Instituto

Heybuckle. Independientemente de lo que hiciera o de lo maja que fuese, los demás siempre me verían como la muerta de hambre, la que solo estaba allí por caridad.

De cuando en cuando, pasaba una página del libro para que el numerito de la solitaria misteriosa fuese aún más creíble.

Cuando iba por la mitad de mi pescado con patatas fritas, Millicent Cordelia Calthrope-Newton-Rose (también su nombre real, aunque cueste creerlo) entró por todo lo alto abriendo de golpe las puertas de madera del comedor.

Millie cruzó entre contoneos el espacio vacío en el centro de la sala, meciendo las caderas como si estuviera en una pasarela. Sus rizos rubios le caían sobre los hombros, y entrecerró los ojos azul oscuro al escudriñar las multitudes. Se había doblado la falda gris del uniforme en la cintura para dejar al descubierto sus largas piernas, y llevaba la corbata colgada del cuello como si se tratara de un accesorio de moda. Siempre se ponía así el uniforme; ni siquiera los profesores se atrevían a llamarle la atención.

—¿Dónde está Hugh? —exigió.

Su voz resonó por todo el comedor, pero no respondió nadie. Yo estaba en el otro extremo, lo más lejos posible de ella. Con todo, me encogí en mi asiento. Hugh se levantó del suyo, rodeado de sus amigotes, a unos metros de Millie. Como ella, él también era increíblemente atractivo, rubio y con las mejillas sonrosadas. Tenía el rostro tallado como una escultura de piedra y apenas sonreía; medía más de metro ochenta y exhibía unos hombros anchos fruto de las horas que pasaba en el gimnasio. Eran tan guapos que podrían haber terminado siendo una pareja de modelos famosos. Si él no le

hubiera puesto los cuernos y luego lo hubiesen matado, claro.

—Estoy aquí, cariño —respondió Hugh con tono apático, metiéndose las manos en los bolsillos—. ¿Qué pasa?

—¿Que qué pasa? —Millie hablaba con voz tensa—. Traidor mentiroso hijo de...

—Ah, ya te has enterado. —Hugh se sacó las manos de los bolsillos y se alisó la corbata roja y dorada de Heybuckle. Mostraba una expresión indiferente, casi resignada, como si ya hubiera previsto que ese día llegaría tarde o temprano—. A lo mejor no deberíamos hablar de esto aquí...

—¡Me has PUESTO LOS CUERNOS! —rugió Millie—. ¿Cómo se puede ser tan mentiroso, pedazo de basura? BASURA. —Se le plantó justo delante y empezó a repetirle el insulto a gritos una y otra vez, como un juguete viejo que se hubiese quedado pillado.

Hugh se encogió de hombros y puso cara de despreocupación, como si los insultos le resbalaran.

—Tengo la sensación de que nos hemos convertido en dos personas distintas —le dijo él.

Reaccionaba con tanta medida que la mitad del comedor asentía con él, por mucho que la que tuviera razón fuese Millie y él le hubiese puesto los cuernos. Millie pareció percibir ese cambio en el ambiente a favor de Hugh, porque profirió un grito, agarró una jarra de zumo de naranja y le tiró el líquido a la cara. Parte del zumo le salpicó la camisa.

—¡¿Qué coño haces?! —exclamó Hugh, frotándose los ojos frenético—. ¡Que alguien me traiga agua! Se me ha metido en los ojos, me escuecen...

Eddy, un amigo de Hugh, alargó la mano hacia la ja-

rra de agua que tenía delante, pero Millie fue más rápida y le arrojó el agua a Hugh.

—¿Queréis saber con quién me ha engañado este desgraciado? —dijo, agitando la jarra vacía sobre su cabeza.

Hugh, ruborizado, trataba de limpiarse sin éxito los manchurroneos amarillos de la camisa, antes blanca nuclear, con un pañuelo húmedo.

—Estas manchas no se quitan —masculló—. Joder, qué asco. Voy a tener que tirarla.

Parecía estar más disgustado por las manchas de la camisa que por el hecho de que la chica con la que llevaba tres años saliendo estuviese poniendo fin a la relación.

Los profesores de la mesa principal estaban paralizados, y algunos incluso se habían quedado con el tenedor a medio camino de sus bocas. El personal de cocina asomaba la cabeza por la ventanilla, observando la escena sin dar crédito. Ningún adulto detuvo a Millie antes de que vomitara la verdad. Yo sabía lo que estaba a punto de ocurrir, y no podía hacer nada para evitarlo.

Millie volvió a mirar a su alrededor, y entonces me lamenté aún más por no tener amigos con los que sentarme. Sola era vulnerable, como una frágil gacela a punto de ser alcanzada por un guepardo. Intenté encogerme todavía más, pero Millie ya tenía la vista clavada en mí.

—Tú —dijo entre dientes, dirigiéndose a mí dando grandes pisotones.

Todo el mundo se giró hacia mí. Las mejillas se me encendieron. La gente empezó a cuchichear y el comedor se llenó con un ruido como de hojas mecidas por una suave brisa.

«Mierda.»

Jamás había sido tan consciente de la existencia de mi lengua. ¿Siempre la tenía tan apretada contra los dientes?

—¿Dónde está? —Millie se alzaba sobre mí, y su perfume de rosas (que claramente era de diseño y sin duda debía de costar un riñón) casi me pareció insostenible—. ¿Dónde se ha metido esa ramera robavios?

La mente se me quedó en blanco y se me hizo un nudo en la garganta. No habría podido hablar ni aunque hubiera querido.

Hugh levantó la vista de su camisa echada a perder.

—Deja a Jade en paz —suspiró, lanzando el gurrño de pañuelo mojado a la mesa—. Si te tienes que enfadar con alguien, enfádate conmigo.

Aquello habría sonado mucho más heroico si no siguiera empapado en zumo de naranja. Y no tenía la menor intención de corregirlo delante de todo el mundo, pero habíamos compartido casi todas las clases desde que teníamos trece años, y tres años después seguía sin saber cómo me llamaba. Ni que Jess fuese un nombre difícil de recordar.

Millie dejó caer la cabeza hacia atrás y soltó un grito gutural. El pelo le cayó sin control sobre el rostro mientras miraba nerviosamente en todas direcciones.

—¡Basura! —aulló—. ¡Basura!

Me pregunté por qué le gustaría tanto la palabra *basura*, y por qué no había usado todavía ningún insulto normal, pero se ve que se estaba reservando, como una cantante que calienta la voz para el gran final de una canción. Empezó a avasallar a Hugh con todos los tacos imaginables, engolando la voz más y más mientras él

no reaccionaba lo más mínimo a ninguno de los insultos.

—Me has humillado...

—Te has humillado tú solita, cariño —le dijo Hugh con delicadeza.

—Como me vuelvas a llamar «cariño», ¡te mato! —gritó, con el rímel tan corrido que parecía que tuviera los dos ojos morados—. ¡TE MATO!

Y así fue.

No, es coña, no fue eso lo que ocurrió. Aunque esta historia sería mucho más corta y menos estresante para mí si las cosas hubiesen ido por otros derroteros.

En vez de eso, la puerta del comedor se abrió y mi mejor amiga, Clem, entró en la sala.

Todo el mundo se giró hacia ella, Millie incluida, quien dejó escapar un chillido tan agudo que estoy convencida de que hubo perros en quince kilómetros a la redonda que levantaron las orejas y ladraron.

Clem frenó en seco, confundida.

Y entonces Millie cargó contra ella.